

Las paredes hablan. Cuando andamos por una calle, los muros de sus casas nos van contando historias a nuestro paso. Sólo hace falta caminar despacio, abrir bien los ojos, afinar el oído y, enseguida, empiezas a escuchar ecos del pasado. De pronto, una caracola imaginaria se coloca en tu oreja y, como si trajese el recuerdo del mar, comienza a susurrarte los secretos que esconde aquel portal, los sucesos ocurridos tras aquella ventana, o la desgracia acontecida a la mujer que pasaba las tardes de verano asomada a aquel balcón.

Aunque no lo creamos, las paredes hablan, nos devuelven las historias que un día escucharon y que quedaron impregnadas en sus fachadas. Nos narran las viejas leyendas que siglos atrás asombraron a los antiguos moradores de esas mismas casas o nos cuentan el devenir de niños que jugaban en pantalón corto por sus calles y que llegaron a ser personajes memorables.

A mí me gusta pasear sin prisa por las ciudades, saber que otras gentes pisaban ese mismo suelo cientos de años antes, que personas con otros atuendos habitaban los mismos edificios; cuando paseo, me traslado en el tiempo y deambulo por otras épocas. Sin llamar la atención intento recrear un crimen pasional, saludar a un futuro premio Nobel de Literatura, asistir al ajusticiamiento de un bandido, refugiarme en un portal para no ser arrollado por los caballos que montan los soldados de Napoleón.

Este Paseo Literario que el lector tiene en sus manos, aspira a ser esa caracola que susurra viejas historias y leyendas de la ciudad al paseante que atraviesa las calles de Murcia. Se puede disfrutar de este libro sentado en el banco de una céntrica plaza, o caminado con él en las manos –a modo de guía– por una angosta callejuela, o echado en el sofá de casa, mientras su mente pisa los adoquines de la ciudad.

Pónganse un calzado cómodo, abran el libro, su mente y sus ojos y dispónganse a disfrutar de la ciudad de Murcia contemplándola desde un rincón diferente. Y recuerden que las historias están ahí, las paredes están llenas de ellas; sólo hace falta rascar para que broten. Las paredes no sólo escuchan, también hablan.